



# Crónica Literaria

Por ALONE

**"Alfonso de Ribera, Gobernador de Chile"** por Fernando Campos Harriet (Edt. Gabriela Mistral).

Como en Chile se escribe mucha historia, pero, según se ha dicho, se lee poca, a guiso vacilarán si, de buenas a primeras, se les pregunta quién fundó el ejército chileno.

Sería una buena interrogación para un concurso radial.

Ciertamente, por eso, oportuna la segunda edición del libro de don Fernando Campos Harriet, recientemente aparecida: doscientas páginas, amenas y doctas, presentan en un espacio entero la personalidad de don Alfonso de Ribera, Gobernador del Reino de Chile a principios del siglo XVII.

El fundó nuestras Fuerzas Armadas.

España no creía aún que el último, el más pobre rincón de sus colonias americanas era el nombre de un ejército permanente. Lo quería, no sin cierta lógica, presa más fácil que el Imperio de las Antillas y el Imperio de las Indias, que, al primer golpe de un puñado de gente, les encontraron sesenta lenguas, sin existir.

El feo como diablos de sorprenderlos: sus tercios, que se habían paseado por el Viejo Mundo, eran invencibles.

Para, o inesperado ocurrió.

Más de medio siglo de batallas, derrotas, incendios, naufragios y desastres les revelaron la existencia de un pueblo muy distinto de los que hasta entonces habían encontrado.

El hecho hizo nacer un poema épico.

Al ímpetu guerrero, la tenaz resistencia y el coraje, se agregaron también la capacidad de organización, la astucia, la fidelidad y la espiritualidad. Los señores a caballo que vomitaban fuego pronto dejaron de atomizarnos. Aprendieron sus artes, con rapidez.

Al fin les hicieron el honor de tratarlos de igual a igual.

Don Alfonso de Ribera materializó ese nuevo concepto y para combatir a los que con don Alonso había cantado, estableció el Ejército profesional, disciplinado, sujeto a una jerarquía y provisto de todas las armas.

En tal sentido su figura equivale a la de Valdivia, el Fundador, que cuenta en la capital con dos estatuas, la del Cerro y de la Plaza, la pedestre y la ecuestre, mientras Terrán Cortés en México no tiene ninguna: cuando alguien descubrió por ahí sus restos, lo consideraron un indio muerto.

Conviene señalar estas diferencias históricas: ellas permiten explicarnos características nacionales que aquí no pocos ignoran y fuera de aquí son totalmente desconocidas, incluso consideradas experiencias del orgullo, la vanidad o el candor.

Fernando Campos Harriet muestra su realidad profunda.

No es, ciertamente, el primero en advertirlo. Desde la Colonia, Chile ha vivido en el umbral de su historia. Hasta el siglo XX, casi no hay más que ella en el terreno literario. A la simple vista los nombres que sobresalen son Barros Arana, Vicuña Mackenna, los Amunátegui, Sotomayor Valdés, Isidoro Errázuriz, el gigantesco don José Tschirky, en este siglo, el enorme Encina, historiador, pensador, sociólogo y psicólogo. El estudio del pasado ha sido en Chile una pasión que no muestran las demás repúblicas hispanoamericanas.

Tampoco se descubre entre ellas la exposición sorprendente "Raza Chilena", ya tan común, desde don Nicolás Palacios, que ha dejado de sorprendernos.

Este producto del choque y la fusión paulatina de los guerreros más guerreros del Viejo y del Nuevo Mundo, el Ejército, ha constituido a través de los años la columna vertebral de la nación, el sustentáculo de su desarrollo civilizatorio.

La obra genial de Portales habría sido imposible sin ese substrato geológico que el salvo de la anarquía y supo aprovechar políticamente para reconstruir el país que se iba destruyendo.

Porque las riquezas materiales importan, sin duda, en el arraigo y crecimiento de las poblaciones; pero hay tesoros de mayor trascendencia que las vuelven inútiles, que son gérmenes de revoluciones y atrasos, si faltan el orden, el respeto a la autoridad, el sentido de la obediencia al superior, todo eso que el continuo batallar impuso automáticamente en Chile y que atrajo a estas tierras a una minoría seleccionada.

Recórrase la lista de las colonias españolas, desde México al sur. Nada semejante se encuentra en su historia, calculablemente más ricas por los productos agrícolas o mineros, fáciles de recoger, pródigos de cosechar. Chile las vence a mediados del otro siglo por la sola virtud de su organización y disciplina, hasta ocupar el primer año.

Si las riquezas materiales prevalecieran, si el tamaño de los territorios importara, ante el Perú, Bolivia y la Argentina qué papel le habría correspondido a la angosta, difícil y escudiosa Laja que tenían al lado?

No hablamos de los triunfos militares. Don Andrés Bello, nuestro amigo de Bolívar, por algo se vino al remoto Chile y aquí fundó una cátedra de cultura que irradió sobre todo el hemisferio.

¿Qué habría sido de él en otra parte? Los motines y los caudillos lo habrían aventado. Desoyeran cuanto quisieran los ideólogos fascistas por teorías extrañas. Eso no es una teoría: es un hecho. Ten indudable como la guerra del Pacífico.

Debajo, en el fondo, como infraestructura, el Ejército, la disciplina, el orden.

Por eso conviene leer, con atención, la semblanza de don Alfonso de Ribera por don Fernando Campos Harriet.

Y no descuidar el prólogo de Diego Barros Arana, General del Alca (R) donde, en pocas frases, se habla su médula.

Entre las grandes figuras históricas forjadoras de nuestra nacionalidad — escribe — se destaca la del capitán general Alfonso de Ribera, que en los primeros años del siglo XVII gobernó dos veces a Chile y a quien se recuerda como a uno de los más activos y creativos gobernantes

de la conquista. Pero no son sólo las cualidades de mandatario y estadista las que nos mueven a recordar a Alfonso de Ribera. Él fue el organizador en una etapa dramática del viejo Chile, de una de sus instituciones fundamentales: el Ejército. Algunos gobernantes que le precedieron, como asimismo los cabildos, habían solicitado de la corona la regularización del ejército, a fin de terminar con las prácticas y costumbres de las aguerridas y hechas huesas, bulliciosas y desorganizadas, que acompañaron a los primeros conquistadores. Pero sus instancias no tuvieron acogida. Alfonso de Ribera proscribió de hecho a la organización del ejército en 1601, y sobre todo lealmente con el rey la creación de una institución profesional y permanente, instruida en las más acabadas disciplinas científicas de la guerra. Tomando en consideración los riesgos trágicos de la guerra de Arauco y estimando la calidad del gobernante de Chile, Felipe III accedió a los requerimientos de su capitán general y creó el ejército permanente en Chile por real cédula de fecha de 1603. Alfonso de Ribera lo organizó solemnemente en Concepción el 22 de enero de 1604. Pudo decirse que desde esa fecha empieza la gran tradición histórica del ejército en nuestro país.

Bien ubicado el personaje en su momento histórico, para conocerlo en sus detalles sólo hace falta leer su biografía por Fernando Campos Harriet, investigador voraz, digno miembro de la Academia de la Historia.

Para la Historia del pasado debe servirnos en el presente.

Y las enseñanzas que esta estructura fundamental de nuestro país deben ayudarnos a comprendernos a nosotros aceptar en seguida que los demás no nos entiendan.

Gabriela Mistral dijo en una salutación a España:

Perdón sólo han sabido España y Jesucristo...  
y el mundo todavía no entiende lo que ha visto...

No debe extrañarnos extrañera la incompreensión de los extranjeros: si a uno le cuesta conocerse a sí mismo y es tan difícil conocer al prójimo, aun al más íntimo ¿qué no será entre las naciones? Ante el torrente de la propaganda adversa recordemos a otro poeta:

Dejémoslo pasar como a la fiera corriente del gran Betis, cuando aluda...

Sobre esa corriente caudalosa va fluyendo y tardara en desahucarse la gran máscara, pseudo-legal, pseudo-constitucional, pseudo-democrática que a oscuridad victoriosa se arroja ni ante la muerte.

Ahora sirve a los derrotados de escudaría.

Confiamos en que los hechos trabajan para que la corriente baje, se imponga la verdad y máscara, mascarado y estandarte se hundan bajo las aguas.

El tiempo es nuestra mejor anti-propaganda.

Puerto Aique, Diciembre de 1973.

"Alfonso de Ribera, gobernador de Chile" [artículo] Alone.

## **AUTORÍA**

Alone, 1891-1984

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1974

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

"Alfonso de Ribera, gobernador de Chile" [artículo] Alone.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile